

LAS ESTANCIAS DE ULPIANO CHECA EN COLMENAR DE OREJA

Introducción

Como todos ustedes ya saben, este año de 2016 conmemoramos el Primer Centenario del fallecimiento de Ulpiano Checa. Tres motivos encontramos para hacerlo. El primero, sus méritos como artista, que están fuera de toda duda. En este sentido, solo quiero ahora recordarles, una vez más, que fue Primera Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1887 y Medalla de Plata en la Exposición Universal de Viena de 1888, ambas por su cuadro *La invasión de los bárbaros*; Tercera Medalla en la Exposición Universal de París de 1889 con el pequeño lienzo *En la iglesia*; Tercera Medalla en el Salón de los Campos Elíseos de París de 1890 con *Carrera de carros romanos*; Medalla de Oro en la Exposición Internacional de Atlanta (Estados Unidos) en 1895, con su obra *La Naumaquia*; Medalla de Oro en la Exposición Universal de París de 1900 y en el Salón de Dijon del mismo año con *Los últimos días de Pompeya*. Fue condecorado en España con la Orden de Carlos III en 1891, (por lo que le correspondía el tratamiento de Excelentísimo Señor); en Francia con la Legión de Honor en 1894; y en Túnez, con la Orden de Gloria Nichan Iftikhar en 1912. Su obra está representada en los Museos del Prado, con *La Ninfa Egeria dictando a Numa Pompilio las leyes de Roma* y el *Retrato de Antonio Mediano*; y en el Thyssen de Madrid con el óleo sobre tabla *Plaza de la Concordia* y el lienzo *Paisaje de Italia*; en el San Telmo de San Sebastián con *La Carreta*; en el de Asturias con *En el abrevadero*; en el Museo Jaime Morera de Lérida, con el *Retrato del pianista Ricardo Viñes*; en el Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires con *La llegada del vencedor*, entre otras muchas obras; en el Museo Nacional de Kiev con el *Retrato de Bárbara Kanenkho*; en el Museo Nacional de La Habana con el *Retrato del compositor Gaspar Villate*; en los museos franceses de Angers, Auxerre y Amiens, y un larguísimo etcétera.

El segundo motivo es que Ulpiano Checa se preocupó de que quedase claro en todo el mundo que había nacido en Colmenar de Oreja, el pueblo del que se sentía profundamente orgulloso. Así, porque así lo quiso él, en todas las enciclopedias, tratados de pintura, conferencias, artículos de prensa y libros de arte, se añade a su nombre el del lugar de su nacimiento, Colmenar de Oreja. Y es, por eso, el colmenarete más universal, el de más prestigio y relieve, en todos los ámbitos de la vida, que ha tenido nuestro pueblo a lo largo de su historia.

Y el tercer motivo, y quizás el más importante, es la deuda que Colmenar de Oreja tendrá siempre con Ulpiano Checa. A sus donaciones pictóricas en nuestra iglesia de Santa María La Mayor hay que añadir las que hizo en vida: *El barranco de Waterloo* en 1900, *Proyecto para la Casa Consistorial* en 1901 y *El centinela* en 1909. Y el cariño a Colmenar de Oreja que transmitió a su mujer y a sus hijos fue el motivo de la donación que estos hicieron en 1956 para formar el primer museo cuya puesta en marcha tan eficazmente gestionó nuestro recordado Constantino Hurtado. Ese primer museo, convertido hoy en el museo dedicado a un solo pintor más importante de España, es el motor que mueve el turismo cultural de Colmenar de Oreja y base para la reactivación de una buena parte de la economía de nuestra ciudad.

La influencia de Colmenar de Oreja en la obra de Ulpiano Checa

Colmenar de Oreja está presente en la obra de Ulpiano Checa e influyó ciertamente en su manera de ver y de comprender las cosas y, por supuesto, en su manera de pintar. La luz castellano manchega, los colores ocres de su páramo alcarreño, los añiles que tiñen el horizonte de los Montes de Toledo, los anaranjados de los crepúsculos que destacan la silueta del castillo de Oreja sobre la vega del Tajo, se grabaron en su retina y los utilizó en numerosas obras. Checa se impregnó, desde su nacimiento, de la atmósfera envolvente de Colmenar de Oreja, plagada de reminiscencias romanas, visigodas y árabes, civilizaciones éstas que dejaron impronta en sus habitantes y huella en su patrimonio y acervo cultural, a la vez que predispusieron al pintor para abordar, terminado su periodo de formación académica en Roma, el esplendor y el ocaso de todas ellas.

Definitivamente establecido en París desde mediados de 1887, Checa sentía la necesidad, casi vital, de regresar a su pueblo. Como escribió don Constantino Hurtado en su libro *Colmenar de Oreja y su entorno*, a Checa le hubiera sido muy fácil olvidarse de sus orígenes "cuando de la vida corriente se salta a cumbres de gloria como las que alcanzó Ulpiano". Pero no fue así.

Porque Checa, que había viajado por tres continentes, que vivió en las principales capitales del mundo (Roma, París, Londres, Buenos Aires...); que hablaba español, italiano, francés y un poco de inglés; que mantuvo amistad con los más grandes artistas, poetas, músicos y escritores; que sus obras viajaban por todo el mundo y se colgaban ya en las más importantes colecciones y museos... Y sin embargo, como escribió don Constantino Hurtado, Ulpiano Checa necesitaba volver a Colmenar de Oreja, porque aunque su presencia física estuvo, desde luego, en el extranjero:

"su corazón lo había dejado, al marchar, en ese pedacito de España que se llama Colmenar de Oreja, a cuya amorosa cita acudía los más de los otoños para estar con los suyos, con los amigos y con sus paisanos todos, y para gozar a sus anchas de la luz y del aire que le vio nacer, de sus paseos al humilladero y altos de Santa Catalina, del frescor de la cantera familiar, de la cocina local, y de tantas cosas más, como las visitas a los hornos de tinajas, donde la visión dantesca que ofrecía la cochura solíase alternar con unas sabrosas chuletas asadas en las altas lumbreras; la presencia en la tertulia de la barbería, en la que se discutía de liebres y galgos y en la que contaba sus andanzas por el mundo; la vuelta por las obras de reforma del Teatro de la Caridad, dando ideas para su decoración y pintando en un santiamén el escudo de Colmenar que luce encima de la embocadura".

Su hijo Felipe confirmó el amor que su padre tenía a Colmenar de Oreja en la carta que escribió el 8 de abril de 1955 y que mandó al Ayuntamiento para donar varios cuadros para el Museo que se intentaba hacer. Así lo decía:

"Señor Alcalde. De todos y desde siempre fue conocido el amor de mi padre, el pintor Ulpiano Checa, por su pueblo de Colmenar de Oreja, cuyo recuerdo no se apartó nunca de su corazón y que en él quiso descansar. Por esto mismo fue siempre deseo de su viuda, doña Matilde Chayé, nuestra madre muy querida, llevada además del profundo cariño que ella sentía por el pueblo natal de su esposo, que quedara en éste una buena representación

de sus obras, deseo y cariño íntimamente compartidos por sus hijos, Carmen, Luis y Felipe..."

Además, no son pocas las referencias periodísticas y bibliográficas que documentan la influencia que el pueblo natal de Ulpiano Checa, Colmenar de Oreja, ejerció en su forma de ser, en su manera de pintar y en los temas tratados en su obra. Alfred, hijo del pintor inglés, marchante y gran amigo de Ulpiano Checa, Robert Wickenden, escribió lo siguiente a propósito de los amigos de su padre:

"El principal de ellos fue Ulpiano Checa. El y mi padre compartieron un estudio en el 235 de Faubourg St. Honoré. Checa era español. Parecía tener una sonrisa perpetua, tan atractiva y tierna que todavía puedo verla claramente bajo sus alegres y luminosos ojos. Siempre bromeaba diciendo que descendía de los antiguos musulmanes que habían ocupado su pueblo en la Edad Media. Este hecho explica, decía, su maestría para tratar los caballos en su obra".

En la entrevista que Philip Gilbert Hamerton hizo a Checa para el número de septiembre de 1894 de la influyente revista estadounidense *Scribner's Magazine*, el crítico inglés de arte se refería a los orígenes de Checa en parecidos términos:

"Los apellidos del padre y de la madre del señor Checa tienen orígenes moriscos, de quienes probablemente desciende."

Y completaba las referencias al lugar de nacimiento del pintor señalando que:

"En la época de Felipe II, el pueblo de Colmenar de Oreja se enriqueció con varios y grandiosos edificios religiosos, un hecho que fue de gran importancia en el desarrollo artístico del joven Checa, que tuvo su primer encuentro con la pintura en las iglesias de Colmenar. Su interés por estas pinturas le llevó incluso a ser monaguillo, para estar más cerca de las obras de arte que tanto le impresionaban durante el servicio de la misa".

Efectivamente, Checa nació dotado de la sensibilidad necesaria para admirar las obras de arte que enriquecían los magníficos edificios religiosos de nuestro pueblo. Así, en el Convento de las Agustinas Recoletas, proyectado por el insigne arquitecto Fray Lorenzo de San Nicolás y mandado construir en el primer tercio del 1600 por Don Diego de Cárdenas y su esposa, Doña Catalina Ponce de León, Checa admiró las pinturas de Matías de Torres que adornan las bóvedas y pechinas de su iglesia conventual y que constituyen una de las mejores colecciones presentes del barroco madrileño.

No hacemos mayor mención al Monasterio de frailes de San Bernardino, mandado construir por Don Bernardino de Cárdenas y Carrillo de Albornoz, padre del anterior Don Diego, sobre 1550, porque, a partir de las primeras desamortizaciones de 1800, el colosal edificio fue fragmentado y todo su contenido, ornamentos y obras de arte, fue pasto del saqueo y hasta del latrocinio, tal y como informó el diario barcelonés *El Constitucional* en su número del 17 de febrero de 1843:

"Se han colocado estos días en la torre de la iglesia las campanas que estaban en el convento de los frailes y cuyas campanas se las ha quitado la justicia al encargado de los bienes nacionales de este pueblo; que según dicen se los llevaba para venderlos por sí y ante sí, como ha hecho con otra

porción de cosas de varios conventos y con lo que de simple escribiente que era u oficial de la Hermandad de la Caridad de Ocaña, ha logrado hacerse un gran propietario: de aquí se ha llevado estos días los grandes y magníficos cuadros que había en la iglesia de dicho Convento, las barandillas del altar mayor y los espejos del cuerpo entero de la sacristía”.

En la iglesia de Santa María apreció Checa los lienzos del retablo del altar mayor del pintor de Colmenar de Oreja y discípulo de Bartolomé Carducho, Francisco López, pintor del Rey Felipe III; y, asimismo, contempló el impresionante fresco situado en el presbiterio, debido al pincel del también gran pintor de Colmenar de Oreja y discípulo de Francisco Rizi, Isidoro Arredondo, igualmente pintor real, en este caso de Carlos II. Desgraciadamente, durante la Guerra Civil se destruyeron las pinturas de ambos, aunque en las recientes obras de restauración de la iglesia, realizadas en el año 2009, se ha podido recuperar, en parte, el mural de Arredondo, que aparece en la zona alta, tras el altar mayor.

La iglesia de Santa María, construida en el siglo XIII y ampliada entre los siglos XV y XVI por los arquitectos Enrique Egas, Cristóbal Adonça, Martín Vaca y con las trazas de Juan de Herrera en la torre, portadas y sacristía, tiene, por lo demás, dos capillas laterales: en el lado del evangelio, la del Obispo, trazada por Juan Bautista de Monnegro, que contiene la estatua orante de don Pedro de León, Obispo de Fossant, obra de Juan de Porres. En el otro, en el lado de la epístola, la de la Virgen del Amparo, de Fray Lorenzo de San Nicolás, está enterrada Doña Marcela de Ulloa, que aparece en segundo término del cuadro *Las Meninas* de Velázquez.

Y allí, en la iglesia de Santa María La Mayor, comenzó, no solo la pasión de Checa por la pintura, sino su amor por la música, pues en el templo resonaban los bellos vientos del magnífico órgano construido por Melchor de Miranda en 1603 y destruido, también, durante la Guerra Civil Española.

El Colmenar de Oreja en el que Checa nació y pasó sus primeros años era el segundo municipio más poblado de Madrid, tras la propia capital, según el último censo provincial realizado por Madoz en 1842, en el que aparecía con 1.039 vecinos, (unos 5.100 habitantes) mientras que Alcalá de Henares no superaba los 870. Era, por lo demás, el pueblo más industrial y con más población activa de Madrid, con importantes y potentes industrias de fabricación de tinajas, de extracción y tratamiento de piedra caliza, esparterías, fábricas de velas y de paños, elaboración de vinos y alcoholeras, por no hablar de la próspera agricultura que se sustentaba en la fértil y extensa vega del Tajo, regada por el caz construido por Juan de Herrera por mandato de Felipe II, como se describe en las Relaciones del Cardenal Lorenzana de 1782.

Pero de todas esas industrias, fueron las más importantes la tinajería y la cantería. En la primera, como recoge P. Gilbert Hamerton en el artículo ya mencionado, se empleaban casi dos mil trabajadores, y las tinajas se exportaban a todos los rincones de España,(45) actividad a la que Checa prestó mucha atención en su obra fotográfica y a la que dedicó su primer trabajo para *La Ilustración Española y Americana* (Fabricación de tinajones en Colmenar de Oreja, 1882). Y la segunda, la cantería, en la que se ocupaba el padre de Checa, suministró piedra caliza para el Palacio Real de Madrid, el de Aranjuez, la mayor parte de las fuentes ornamentales de Madrid y un sin número de edificios principales de Madrid, de iglesias y conventos de España. El propio Rey Felipe II había sido dueño de una de las canteras de Colmenar de Oreja. También a esta actividad prestó Ulpiano Checa atención fotográfica y pictórica.

Por lo demás, Ulpiano Checa conocía las cuevas excavadas en la II Edad del Hierro localizadas en el paraje de "Los Castrejones" y las carpetanas existentes en los riscos del Tajo, río que se cruza por el aun llamado Vado de Aníbal, donde muchos historiadores sitúan el lugar del paso del general cartaginés para vencer a los carpetanos, olcades y vacceos antes de emprender la conquista de Roma. Checa anduvo por la vega de Colmenar, plagada de vestigios del paso de las legiones romanas y de los *vicus* establecidos allí tras su licenciamiento, a los pies del imponente castillo de Oreja, construido por los árabes en el siglo X en la línea del Tajo para la defensa de Toledo, finalmente tomado por el Emperador Alfonso VII en 1139.

En 1860, año de nacimiento del pintor, la villa natal de Checa conservaba aun importantes restos del recinto amurallado donde, acompañado de su medio hermana Isabel, la futura reina católica, puso su corte Enrique IV, y desde donde la princesa inició en secreto las negociaciones matrimoniales con Fernando, rey de Aragón, ayudada por Gutiérrez de Cárdenas, cuyos descendientes obtuvieron el Señorío de Colmenar de Oreja, más tarde engrandecido como Condado.

Pues todos esos pueblos, todas esas culturas, toda esa actividad comercial e industrial, toda esa historia, está presente en la obra de Ulpiano Checa, como lo está el propio Colmenar de Oreja. Mencionamos, en este sentido, las obras en las que pintó a su pueblo: **Torre de la iglesia de Colmenar de Oreja** (1901), **Proyecto de la casa consistorial** (1901), **La huerta o el tren de Colmenar** (1904), **Desafortunado encuentro** (1894); pintó a la gente de su pueblo: **Retrato de don José Ballester** (1879), **Retrato de la Martina**, (1880), **Retrato de la señora Castellanos** (1887), **El juego de los cientos** (1895), **El vendimiador de Colmenar** (1897), **Niño en la fuente** (1904); pintó la actividad industrial de su pueblo: **Hornos de fabricación de tinajas**, (1882), **La cantera** (1896); enriqueció los edificios de su pueblo: **La Anunciación** (1897), **La Presentación de la Virgen** (1897), **San Cristóbal** (1901); y pintó para la gente de su pueblo: **El barranco de Waterloo** (1895), que regaló al Ayuntamiento y **El centinela** (1909), que donó para recaudar fondos con destino a los soldados reservistas de Colmenar que combatían en África.

La influencia de Colmenar de Oreja en la personalidad de Ulpiano Checa.

En 1891, el maestro de la escuela de Colmenar, don Francisco de Pablos escribió el libro *Colmenar de Oreja*, donde hace una descripción del carácter de los colmenaretes:

"Francos, alegres, guasones en buen sentido, trabajadores como pocos y generosos para gastarse con propios y extraños los ahorros que con tanto sudor reúnen, son los jóvenes de este pueblo. A su lado no hay nadie que pueda estar triste, aunque sean grandes los disgustos que les aquejen".

Pues bien, esta descripción se acomoda muy bien a la personalidad de Ulpiano Checa. Encontramos en la prensa de la época numerosas referencias sobre el carácter y personalidad de Checa. *L'Avenir*, en su número de 1 de noviembre de 1891 escribió:

"...y no puedo dejar de decir cuán afable y condescendiente es el artista. Como todos los hombres que poseen un verdadero mérito, sabe disimular la superioridad que le da su talento para mostrar la bondad y la cordialidad de su carácter".

La revista *La Ilustración*, de 17 de julio de 1887, a propósito de su triunfo en Madrid con *La invasión de los bárbaros*, decía lo siguiente:

"Ulpiano Checa, premiado con primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes recientemente celebrada en Madrid, es todavía casi un niño. Recibió lecciones de la Academia y de Ferrant y Domínguez. Fue a Roma. Su primer envío era una apreciable nota de color; al colgarse ahora su tela colosal *La invasión de los bárbaros*, ha sido grande el asombro; Checa se ha convertido en hombre, y para librar batallas ha venido hecho todo un Roland o un Cid. Su nombre corre de gente en gente; su aspecto personal, su modestia, no descubren a primera vista de lo que ha sido capaz; si le preguntan, él es el primero en extrañarlo; pero de un golpe certero se ha colocado en primera línea."

El Globo, en su número de 9 de agosto de 1894, afirmaba:

"Pero nadie creyera al ver aquel joven, de aspecto simpático y distinguido, de mediana estatura, apacible mirada, que a intervalos no largos parece distraerse en vaguedades o melancolías, barba escasa como la de un árabe, reposado andar y algo cansadas actitudes, que bajo la frente, pese a lo bien acentuado de sus protuberancias, se esconda tanta luz y tanta fuerza."

L'Avenir de enero de 1893 decía:

"Checa nos ha hecho los honores en su villa: nos ha enseñado alguna de sus acuarelas. Nos ha mostrado también el busto de su esposa, una verdadera pequeña obra maestra... Y mientras nos sorprendemos, nos sonríe dulcemente, finamente, como para excusarse de su talento. Nos despedimos de él. El gran artista es el más amable de los hombres."

Y *El Tiempo* de Buenos Aires de 25 de mayo de 1902 publicó:

"En su erguida cabeza destacaban sus ojos que brillaban con una vivacidad extraordinaria, como si sus pupilas estuvieran ebrias de luz; su risa, que inundaba a menudo su rostro, un rostro varonil cerrado en una suave barba castaña, y el aire bondadoso de su porte le proporcionaban un aspecto agradable".

Pero, acaso, la descripción más exacta y más amplia de su personalidad la dio *El Pueblo*, de la ciudad argentina de Azul:

"A pesar de su gran talento y de las honrosas atenciones de que ha sido objeto, el Sr. Ulpiano Checa es un hombre muy modesto. Aunque consciente de su valer, no le agrada hacer alarde; a las vanas lisonjas prefiere el parecer de la gente sincera. Es muy exigente para consigo y no se muestra fácilmente satisfecho de su obra... Ante todo es un gran trabajador; considera el estudio como su mayor placer. Y no solo se interesa en lo que concierne a su arte, sino que gusta también de los otros ramos del saber, de manera que sus conocimientos variados le proporcionan una conversación de la más

atrayente. Seduce a cuantos le tratan por la distinción de su espíritu, la lealtad de sus sentimientos, la fineza y cortesía de sus maneras, la agradable simplicidad que constituye el fondo de su carácter. Es, además, un verdadero español, alegre, exuberante, entusiasta."

Los primeros años de Ulpiano Checa en Colmenar de Oreja

Checa nació el día 3 de abril de 1860, a las tres de la madrugada, en el número 5 de la calle de las Damas, en la casa que actualmente ocupa la ferretería que fue de don Antonio Crespo, actual calle de Ulpiano Checa. Fue bautizado por el teniente de cura don Juan de Mata González al día siguiente de su nacimiento, como entonces era costumbre, esto es, el día 4 de abril. Fue su madrina doña Tomasa Sicilia y firmaron como testigos don José García y don Antonio Encinas, que era uno de los sacristanes.

Fue el hijo primogénito de Felipe Fernández-Checa Fernández, que había nacido en Colmenar de Oreja en 1834 y que falleció el 11 de abril de 1901 a los 67 años de edad, de un edema pulmonar. Es el primero por la derecha en la fotografía que ven. Era cantero de profesión, con casa, alguna hacienda y cantera propia. Su madre, Eustaquia Saiz Martínez, nació también en Colmenar de Oreja en el año 1839, y murió el 25 de julio de 1913 a los 74 años de edad de un "reblandecimiento del cerebro", según consta en su partida de defunción. Su retrato estuvo siempre presidiendo el estudio de Checa. El periódico *El Debate* de 12 de enero de 1916, en el artículo aparecido con motivo de la muerte de Ulpiano Checa, publicó:

"Hombre amante de su familia y de su pueblo, mantuvo para ellos, en medio de sus triunfos y glorias, los afectos más grandes de su corazón, y en su estudio de París, por el que desfilaron soberanos y príncipes y los hombres más eminentes de la mayor posición social, sobre todos sus cuadros pudieron ver destacarse el de una anciana venerable, vestida como mujer de pueblo, cubierta su cabeza con el clásico pañuelo de las de Castilla, y que él se complacía en manifestar a todos cuantos lo admiraban, que eran cuantos pisaban su estudio, ser el de su madre".

Por el lado paterno, sus abuelos fueron Quintín Fernández-Checa, también cantero, y Eulogia Fernández. Y por el lado materno, Alejandro Saiz, natural de Ocaña, y Cayetana Martínez.

Ulpiano Checa fue el mayor de sus cuatro hermanos: de Victoria, que nació en Colmenar de Oreja el 28 de julio de 1862, en la calle de los Bancos de Bazán y quemurió en Madrid el 9 de marzo de 1912, a los 50 años de edad. Sus restos, trasladados a Colmenar, fueron enterrados al día siguiente por el famoso cura de Colmenar Manuel González Reyes, al que durante un tiempo se le puso el nombre a la actual calle del Convento. A su muerte era ya viuda de Francisco Gil. De este matrimonio había nacido Francisco, que también fue pintor.

Santos, su segundo hermano, nació en Colmenar de Oreja el día 1 de noviembre de 1865 y murió a los nueve meses. La siguiente, Purificación, nació el día 2 de febrero de 1868 en la calle de los Bancos de Bazán, y también tuvo que morir muy prematuramente. Y, por último, su hermano pequeño Santiago, que nació en Colmenar de Oreja el 25 de julio de 1875 y murió el 1 de abril de 1951 en su casa del

número 15 de la calle Bancos de Bazán, en la que hoy vive y es propiedad de don Ángel del Castillo, "el Zoco". Estaba casado con Eugenia Castillo García y tuvo dos hijos, Alejandro y Victoria. Le enterró el también recordado cura don Saturio Muñoz Ramos, que era de Corral de Almoguer.

Ulpiano Checa pasó los primeros catorce años de su vida en Colmenar de Oreja. En el libro que don Francisco de Pablos, maestro de Colmenar, publicó en 1891 sobre nuestro pueblo, describió así la infancia de Ulpiano Checa:

"Aprendió las primeras letras bajo la dirección del digno maestro de esta localidad, D. Carlos Pulido y Casero, quien le reprendía en muchas ocasiones, porque en vez de las prácticas de escritura se entretenía en dibujar a lápiz cualquier objeto que le llamara la atención. Sus bolsillos eran un arsenal de lápices, difuminos y demás utensilios de dibujo. En las horas de recreo, y cuando los demás niños se entretenían en sus juegos infantiles, Checa, en lugar apartado, se dedicaba, con toda la expansión de su firme voluntad, a hacer copias de los principales edificios de la villa y paisajes de los alrededores.

A los once años pasó a servir una de las plazas de acólito de esta parroquia, y después de las ocupaciones que su cargo le exigía, copiaba al carbón los retablos e imágenes que aquel rústico lugar le ofrecía".

Era entonces el cura párroco de Colmenar don Nicolás Antonio de Alba, a quien sustituyó don Francisco Antonio Bolaño.

Y así, entre la escuela, la iglesia, los lapiceros y los juegos con los demás niños, vivió Checa en Colmenar de Oreja, donde ya eran comentario general las dotes artísticas del niño. El maestro y el cura alabaron su habilidad, pero creemos que quien más tuvo que hacerlo fue el pintor Ventura Miera quien, aunque había nacido en Valdelaguna, residía en Colmenar de Oreja, en la calle Cava, desde donde administraba su hacienda, si bien su verdadera pasión era la pintura y participaba anualmente en las exposiciones nacionales, eso sí, con escaso éxito. Miera era, sin embargo, un excelente crítico de arte y tenía muy buen ojo para descubrir a un gran artista, como lo demostró al pagar a sus amigos Rosales y Palmaroli el primer viaje que hicieron a Italia. Años más tarde, Palmaroli fue el director de la Academia de España en Roma, donde tuvo como alumno a Checa, y pasado el tiempo fue nombrado director del Museo del Prado. Como agradecimiento a Ventura Miera, Palmaroli le pintó un magnífico retrato que se conserva en el Museo del Prado.

Sea como fuere, la destreza artística del niño llegó a los oídos de don José Ballester quien, sin dudar, le llevó con él a Madrid y lo acogió como a un hijo más en su casa del número 21 de la Corredera Baja. Don José Ballester, que estaba casado con la colmenareta Micaela Estecha, disfrutaba de una holgada situación económica y era dueño del famosísimo café de la Concepción de Madrid, que estaba junto al teatro Lara. A título de curiosidad, les recuerdo que una hija de don José Ballester, Pepita, casó con un rico hacendado de Colmenar, pariente de Checa, Miguel Fernández-Checa, uno de cuyos hijos fue el famoso actor cómico Luis Ballester.

Pues bien. En 1874 don José Ballester matriculó al joven Checa en la Escuela de Artes y Oficios y en 1875, en vista de su extraordinaria progresión, en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de la calle Alcalá, donde Checa acabó sus estudios con calificaciones excelentes y varios premios en metálico y donde fue profesor de perspectiva hasta el mes de mayo de 1884, fecha en la que tuvo que

abandonar España para dirigirse a Italia tras haber ganado una plaza de pensionado en la Academia Española de Bellas Artes de Roma, que era la máxima aspiración y premio para cualquier joven que quisiera destacarse en la pintura. La Academia de Roma, como hemos visto, estaba dirigida por Vicente Palmaroli, a quien había ayudado Miera.

Durante todos esos años de la vida de Checa en Madrid, entre 1874 y 1884, nuestro joven Checa volvió constantemente a Colmenar de Oreja, como hubo de hacerlo en 1880 para ser tallado junto con los otros 59 mozos de su quinta y remplazo, donde quedó como recluta disponible. Lo hacía en las diligencias que tardaban más de seis largas horas en hacer el recorrido y en las que las mujeres llegaban a sus destinos molidas y estropeadas.

Había entonces dos compañías de diligencias que hacían este recorrido, una del señor Ugarte y otra que compró el torero Frascuelo, que adquirió los carruajes de desecho que habían cubierto en Madrid el trayecto entre Sol y la plaza de toros, y puso una diligencia diaria desde Madrid a Chinchón y a Colmenar de Oreja. Frascuelo compró, además, un cortijo en las cuestas que desde Madrid anticipan la llegada a la vega de Chinchón, y lo compró con el único fin de que no lo comprara el otro dueño de la línea de diligencias, el señor Ugarte, por lo que empezó una guerra entre ellos.

Domingo Moreno, que fue cochero de Frascuelo, contaba que el parador lo había comprado el maestro únicamente para demostrar que tenía más dinero y más agallas que Ugarte, hasta tal punto que para hacerse con todos los viajeros, llegó a regalar el viaje y una onza de chocolate y, más tarde, cuando se enteró de que Ugarte también estaba dando los viajes gratis, regalaba a cada viajero un pollo, e hizo llegar una carta a Ugarte en la que le decía que si no había tenido miedo a los toros de Veragua, no se lo iba a tener a él. A parte de las diligencias a Madrid, había dos más diarias, una para Aranjuez y otra a Ciempozuelos, a distintas horas, con objeto de coger diferentes trenes.

Pero volvamos a Checa y a Colmenar de Oreja. Quiero ahora describirles cómo era el pueblo donde nació, donde se crió y al que Checa volvía en cuanto tenía la más mínima oportunidad. Era, sin duda, uno de los municipios más notables de Madrid, con una importante producción de vino, aceite, de frutas y hortalizas, con una potente industria de tinajería, de extracción de piedra caliza y todavía de producción de esparto, si bien ya estaban en declive las pañerías y cererías.

Sin embargo, las personas que componían la sociedad de Colmenar de Oreja entre 1860 y 1916, pertenecían a clases sociales muy distintas y absolutamente distantes. Por un lado, los grandes terratenientes, dueños de grandes extensiones del término, de bodegas y molinos de aceite. A su lado, los grandes industriales de la piedra, de las tinajas, de las pañerías y del esparto. Por otro lado, los pequeños agricultores, artesanos y comerciantes. Y, por último, una gran mayoría de peones, obreros, mozos y criados, sujetos a unas pésimas condiciones de vida, a bajos salarios y a un trabajo tan duro como inestable, sin olvidarnos de los más de doscientos pobres de solemnidad que siempre había y vivían en Colmenar de Oreja.

Resulta además muy duro tener que reconocer que el nivel educativo y cultural de casi toda la población era bajísimo, lo que impidió que las clases más desfavorecidas pudieran prosperar. El propio Alcalde de Colmenar de Oreja reconocía el 21 de noviembre de 1909 que

“es muy triste y verdaderamente sensible que en una población como ésta haya más de un 60 por 100 de analfabetos”.

No es de extrañar, por eso, que en una sociedad tan injusta, con tantos desequilibrios y con tan poca instrucción, la violencia se convirtiera en una manera habitual de resolver los conflictos vecinales. La prensa de la época informaba de que Colmenar de Oreja era uno de los pueblos que más trabajo daba a los juzgados de Madrid por los continuos casos de reyertas, robos y asesinatos, hasta tal punto que el *ABC* de 16 de junio de 1906 escribía que:

“No hay semana en la que no se vea en las Salas de Audiencia de Madrid una causa de importancia procedente del Juzgado de Colmenar de Oreja. Este cuatrimestre el número ha excedido a lo ordinario, y hace unos días que no apuntamos en nuestras notas más que homicidios, lesiones, asesinatos, etc. todos de Colmenar de Oreja”.

Y el mismo periódico, en su número de 16 de marzo de 1907, con motivo de un asesinato ocurrido, escribía que “

“el caso interesa extraordinariamente en Colmenar de Oreja, no obstante que en dicho pueblo demuestran las estadísticas que están ya acostumbrados a presenciar hechos de igual naturaleza que el que nos ocupa”.

Y sin embargo, decíamos, Ulpiano Checa necesitaba volver a Colmenar de Oreja, y no solo a visitar a su familia, a sus padres, a sus hermanos, sino, también, a pasear por sus calles de tierra y polvo, a oler el humo de encina de las chimeneas, a juntarse con sus amigos, a visitar la ermita del Cristo del Humilladero. Y siempre que podía se hacía acompañar por su mujer y sus hijos, porque se sentía orgulloso de su pueblo y quería que conocieran sus raíces, sus costumbres, sus tradiciones. Yo he estado en la casa que Ulpiano Checa tenía en Bagnères de Bigorre, cerca de Lourdes, y allí he podido ver una estupenda acuarela que tenía colgada en su dormitorio: es una vista de Colmenar de Oreja, tomada desde la ermita del Cristo.

Junio de 1887

Como sabemos, Checa permaneció en Italia desde 1884 hasta 1887. Durante este periodo no volvió a Colmenar, entre otras cosas porque en 1885 nuestro pueblo sufrió una atroz epidemia de cólera, que sólo en el mes de agosto de ese año causó más de 50 muertos. Pero sí volvió a Colmenar en 1887, donde todos sus paisanos, sin distinción de clase social, seguían con entusiasmo su vertiginosa carrera. Esta visita empezó como les cuento a continuación.

El día 21 de agosto de 1886 un rayo cayó sobre el chapitel de la iglesia y, a pesar de los esfuerzos de dos unidades de bomberos que acudieron a sofocar el incendio desde Aranjuez, el chapitel quedó totalmente destruido y gran parte de la iglesia dañada, por lo que fue cerrada al culto. El día 27 de octubre de ese mismo año, una comisión del Ayuntamiento fue recibida por la entonces Reina de España, María Cristina de Habsburgo, viuda de Alfonso XII, a quien pidieron que intercediera con su valioso apoyo en la reconstrucción de la iglesia. Para entonces, el vecino de Colmenar de Oreja y Diputado Provincial, don José Cortina, ya tenía encargado a la prestigiosa casa Canseco un reloj para la torre, y como el reloj estaba terminado fue

colocado en los últimos días de abril de 1887, a pesar de que no se había reconstruido el chapitel y que la iglesia seguía cerrada. En el reloj había una inscripción que decía:

“Este reloj, con su campana de 400 kilos, número 1088, y sus dos esferas exteriores, ha sido costeadado por don José Cortina y Estechea, y donativo del mismo a la villa de Colmenar de Oreja, el día 1º de mayo de 1887”.

El día 21 de mayo de 1887, la Reina María Cristina inauguró en Madrid la Exposición Nacional de Bellas Artes, donde admiró el cuadro de Ulpiano Checa *La invasión de los bárbaros*, que había sido premiado con una medalla de oro. Unos días más tarde, el 6 de junio, la Reina María Cristina, visitó Colmenar de Oreja para comprobar los daños producidos por el incendio del año anterior y para conocer el pueblo de Ulpiano Checa, viaje en el que se produjo la famosa anécdota de las guindas, en la que una colmenareta se acercó al coche de caballos de la soberana cuando ya tomaba el camino de Aranjuez, y la ofreció unas guindas para el niño: “Tome usted, pa el niño”, le dijo. Y el niño no era otro que el Rey Alfonso XIII. La reina ofreció a nuestra vecina una moneda de cinco duros que de ninguna manera quiso aceptar.

Y también unos días más tarde, el día 19 de junio, unos días después de que Ulpiano Checa fuera invitado a cenar en Madrid por Castelar (que había sido Presidente de la Primera República), Echegaray (Ministro de Hacienda y Premio Nobel de Literatura) y Martos (Ministro y Presidente del Congreso de los Diputados), se celebró en Colmenar de Oreja una cena homenaje a Ulpiano Checa quien, como hemos dicho, había obtenido una primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. Ulpiano Checa se había convertido, de golpe, en un personaje de prestigio internacional. El periódico *La Unión*, en su número de 20 de junio de 1887 lo contaba así:

“En el inmediato pueblo de Colmenar de Oreja se celebró ayer un espléndido banquete de 100 cubiertos en honor del laureado pintor D. Ulpiano Checa, natural de dicho pueblo por el triunfo obtenido en la actual exposición de Bellas Artes con su magnífico cuadro “La entrada de los bárbaros en Roma”. Hubo entusiastas brindis de los señores Cortina, Seva, Pérez Cervera, Viñas, Galindo, y otros, en honor del Sr. Checa y del generoso protector de los primeros años en su brillante carrera artística, Sr. Ballester. La fiesta fue iniciada y estuvo dirigida por los señores Zoilo García, Teresiano del Castillo y Quintín Sánchez”.

El día 3 de julio de ese mismo año de 1887, el Ayuntamiento, que presidía el Alcalde don Ventura Benito, acordó honrarle nuevamente, dando a la calle de las Damas, en la que nació, el nombre de Ulpiano Checa.

Al año siguiente, el pintor se instaló definitivamente en París y en 1890 contrajo matrimonio con Matilde Chayé Courtez, que había nacido en Buenos Aires el 29 de octubre de 1864, pero tenía nacionalidad francesa, pues sus padres habían emigrado a Argentina, donde hicieron fortuna. De su matrimonio con Matilde, tuvo Checa cuatro hijos: Pedro, que nació en 1891 y murió tres años después; Felipe, que nació en 1893 y murió en 1966; Carmen, que llegó al mundo en 1895 y lo dejó en 1982 y Luis, que nació en 1897 y murió en 1942. Compartió Checa su residencia en París con el palacete que su esposa tenía en Bagnères de Bigorre, donde pasaba muchas temporadas.

Y desde ambos sitios viajó por medio mundo: a Argentina en 1902 y 1906, a Italia en 1905, al norte de África, Marruecos, Túnez y Argelia en 1910 y 1912; por España en 1905; estuvo en Londres, Rotterdam... Y a pesar de sus continuos viajes, de sus múltiples ocupaciones, encargos e interminables sesiones de taller para preparar las obras que debía mandar a los diferentes salones de Europa, Checa volvió a Colmenar siempre que pudo. Y eso sucedió en muchísimas ocasiones. Así, sabemos que estaba en Colmenar entre septiembre y octubre de 1889, porque hemos localizado dos cartas remitidas desde aquí los días 5 de septiembre y 8 de octubre, confirmando la venta de dos cuadros.

Sería por tanto, casi interminable contarles todas sus estancias en Colmenar de Oreja, por lo que me limitaré a las sucedidas en los años 1897, 1900 y 1909, que tenemos perfectamente documentadas.

Verano de 1897

En el verano de 1897, Ulpiano Checa llegó con toda su familia a Colmenar de Oreja para pintar los dos enormes murales que hay a ambos lados del presbiterio de la Iglesia de Santa María La Mayor. Checa se hospedó en la casa que compraron sus padres en la calle Escarchada, que hoy es propiedad de los herederos de don Antonio Díaz "Maibueno", junto a la casa de Consuelo Camarmas. El periódico *La correspondencia de España*, y otros muchos más de Madrid, lo contaba así en su número de 21 de agosto de 1897.

"El ilustre autor de la Invasión de los Bárbaros, y de otros tantos cuadros famosos, ha abandonado por una temporada su estudio en París y se ha refugiado en la plácida soledad de su pueblo natal, Colmenar de Oreja, donde pasará el verano, no entregado a la *dolce farniente* a que convidan de modo irresistible la calma de la aldea y el agobiante calor de estos días de agosto, sino antes al contrario, no dejando de la mano los pinceles y pintando dos cuadros que revelan una fase completamente nueva en el privilegiado talento del afamado artista.

Al regresar Checa de la ciudad eterna, cuando ya la gloria le sonreía y la fama pregonaba su nombre por esos mundos, ofreció dejar un recuerdo de sus pinceles en la iglesia parroquial de su pueblo; de aquel pueblo oscurecido y humilde que él abandonara un día persiguiendo sueños de gloria acariciados a la sombra de la iglesia venerable que hoy recibe la piadosa ofrenda del artista. Checa, fiel a su promesa, la cumple hoy con entusiasmo que no tiene límites"

El verano, además de caluroso, fue muy seco, como lo había sido la primavera. Los murales, de 64 metros cuadrados cada uno, representaban en el lado izquierdo, o lado del evangelio, *La anunciación del arcángel San Gabriel de Nuestra Señora*, y en el derecho, o lado de la Epístola, *La presentación de la Santísima Virgen María en el Templo*. Además del trabajo, Ulpiano Checa costeó todos los trabajos de andamios, pinturas, preparaciones, etc. Y en octubre, en plena vendimia, acabó los murales y el cura, don Pedro Caramazana, dispuso que la inauguración se hiciera con la celebración de una misa, que quiso que fuera lo más solemne posible, por lo que pidió a los curas de los pueblos vecinos que vinieran a concelebrar con él. Acudieron siete. Y el pueblo llenó la iglesia. El Ayuntamiento regaló a Checa una placa de plata, en la que se representan los signos alegóricos de su profesión. Era entonces alcalde don José Freire Sánchez.

Verano de 1901

También en el verano de 1901 Ulpiano Checa volvió a Colmenar de Oreja para concluir con la decoración de la iglesia, con el mural de *San Cristóbal*. El mural ocupa el fondo sur de la nave de la iglesia, a la derecha del coro y al lado de la entrada a la torre. Mide 11 metros de alto por 7 de ancho. Representa a San Cristóbal en el momento de vadear el río llevando sobre su hombro derecho al Niño y ayudándose en su marcha con un pino de tamaño natural, a modo de bastón. Durante su estancia en Colmenar, Ulpiano Checa realizó muchas fotografías.

En esta estancia, cuando ya había terminado el *San Cristóbal*, en una todavía calurosa tarde de verano, Ulpiano Checa había quedado con el Alcalde del Ayuntamiento para hacerle entrega del cuadro "El barranco de Waterloo", que quería regalar a su pueblo. Ayudado de su mozo Segundo, llegó a la Casa Consistorial, donde solo encontró a un sudoroso y adormecido guardia, que le hizo saber que allí no había nadie más que él, y que lo más seguro es que el Alcalde y los Concejales estuviesen de siesta o de partida. Y, lejos de enfadarse, conociendo como conocía a sus vecinos, pidió al guardia un martillo y una escarpia, y escaleras arriba, llegó al salón de plenos, donde él mismo colgó el cuadro, para que al día siguiente, con la fresca y sin sueño, pudieran admirarlo el Alcalde y los Concejales. En el ángulo inferior derecho, junto a su firma, aparece la siguiente dedicatoria: "A mi pueblo. 1900". Eso sucedió el día 4 de septiembre.

Pero el lunes día 10, Ulpiano Checa fue obsequiado con un espléndido banquete, al que asistió toda la Corporación Municipal y muchísimos vecinos. A los postres, el Diputado de Colmenar, el Sr. Cortina, el Alcalde, el Sr. Freire, y los Concejales Sres. del Moral y García Estecha, brindaron por todos sus triunfos. Checa, visiblemente emocionado, dio las gracias a sus paisanos, a quienes prometió que no sería el último recuerdo que dejaría, y dejó entrever que su próxima obra en la iglesia, frente al *San Cristóbal*, sería la representación de la batalla de Clavijo. La Banda Municipal amenizó el acto interpretando lo más selecto de su repertorio, bajo la hábil dirección del maestro el señor Altube.

A partir de 1903, Ulpiano Checa podía venir desde Madrid a Colmenar de Oreja en el tren que en ese año llegó a nuestro pueblo. La empresa que explotaba la línea con dos salidas diarias desde Colmenar de Oreja a Madrid (a las 6 de la mañana y a la una del medio día) era la Compañía del Ferrocarril del Tajuña.

Ese mismo año se anunció la prolongación del tren de Madrid-Colmenar hasta Valencia, proyecto que desgraciadamente nunca llegó a hacerse realidad. La existencia de una conexión directa a Madrid hacía posible que todas las mercancías, materias primas y productos extraídos, fabricados o elaborados en Colmenar pudieran transportarse a Madrid de una manera más rápida, barata y segura, si bien hundió al gremio de los carreteros y a las empresas de diligencias, como la de Frascuelo.

La visita de 1909

En 1909, muchos jóvenes y hombres casados y con hijos, fueron enviados a luchar contra los moros. Los hechos se iniciaron tras la muerte de cuatro trabajadores españoles que estaban construyendo el ferrocarril minero en Melilla, por lo que el día

10 de julio el gobierno de Maura decretó la movilización de las Brigadas Mixtas de Madrid, Cataluña y del Campo de Gibraltar, así como de los reservistas de los cupos de 1902 a 1907, que fueron enviados desde la península para sofocar a las tribus rebeldes del Rif. Como hemos dicho, muchos de estos reservistas estaban casados y eran padres de familia, lo que desató feroces protestas en muchos lugares de España. También de Colmenar de Oreja salieron reservistas al frente, por lo que el Ayuntamiento adoptó varios acuerdos para socorrer a los soldados hijos de este pueblo y a los que en lo sucesivo lo hagan:

“y hacer menos aflictiva la situación de los reservistas casados, y de los soldados que regresen heridos, como también de las familias de los que fallezcan”.

El día 8 de agosto de 1909, el Alcalde del Ayuntamiento, el Sr. González Pérez dio cuenta al Pleno de la carta que había enviado Ulpiano Checa desde Francia, en la que manifestaba que estaba pintando un cuadro “que mandaría dentro de unos días para contribuir con su producto a socorrer a sus paisanos que se encuentran en Melilla”.

Con este cuadro, ofrecido por Checa, y otro más, que se pidió al otro pintor de Colmenar, Gil Saiz, se organizó una rifa, para lo que se hicieron 6.000 participaciones, al precio de 25 céntimos cada una. La rifa tendría lugar en la Plaza Mayor el día 6 de octubre, y se realizarían dos extracciones: el cuadro de Checa se adjudicaría al que obtuviese el número igual al primero que saliese del bombo, y el del Sr. Saiz, al que segundo que se extrajese.

Se vendieron las 6.000 cédulas, por lo que se recaudaron 1.500 pesetas. Para asistir al sorteo se desplazó desde Francia el propio Ulpiano Checa, que llegó a Colmenar de Oreja en la noche del día 1 de octubre y fue recibido en la estación del tren por el Alcalde, don José González Pérez, lo que produjo un gran malestar en los Concejales, que se quejaron de no haber sido invitados a recibir al “insigne pintor, hijo de este pueblo”. El alcalde se excusó diciendo que su deseo habría sido que todos los concejales le hubiesen acompañado, pero que no les invitó porque en la tarde del día 11 de septiembre en que tuvo lugar el encierro de las reses que se lidiaron el día 12, invitó a todos los concejales para que concurrieran a dicho espectáculo y solo asistieron tres, “recibiendo con ello un verdadero desaire”, por lo que “temeroso de recibir otro si invitaba a que se fuera a recibir al Sr. Checa, por esta causa no lo verificó”. La excusa era muy pobre y el concejal Evaristo Jiménez protestó mucho.

El cuadro de Checa, *Centinela a caballo*, fechado en agosto de 1909, correspondió en suerte a don Martín Muñoz Hernández, quien en 1960 lo donó al Ayuntamiento para el Museo. El cuadro de Gil Saiz, que incluye la dedicatoria “A mis paisanos los reservistas”, le correspondió al propio Ayuntamiento y representa una secuencia de la batalla en el Barranco del Lobo, en la trágica noche del 27 de julio de 1909, en la que las tropas españolas sufrieron más de 700 bajas y en la que muchos soldados españoles protagonizaron actos heroicos.

Y entre ellos, permítanme que se lo cuente, destacó un soldado de Colmenar de Oreja, Jorge Aguilar, del Regimiento de Barbastro, que fue el primer soldado español que atravesó el Barranco del Lobo y se batió heroicamente con varios moros, de los cuales mató a dos e hizo huir a los restantes. Solo, a tiro limpio primero y a bayoneta calada después, se mantuvo luchando a la desesperada, hasta que llegó en su auxilio una compañía destacada. Cuando las tropas regresaron a su cuartel, Jorge

Aguilar traía, además de su fusil, otro de un moro y su gumiá. Por tal acción de guerra fue recompensado con una cruz roja, pensionada y vitalicia, de 7,55 pesetas, y se le ascendió a cabo.

Jorge Aguilar fue repatriado con su batallón en enero de 1910. El tren que conducía a los soldados llegó a Córdoba el día 17 de enero y allí tuvieron una gran fiesta de bienvenida, con cohetes, vivas a España y aplausos, encabezando la recepción el Alcalde de Córdoba. Los oficiales pasaron a un restaurante, donde el teniente coronel de las fuerzas, Luis Carniago, fue presentando a los asistentes a la cena a los héroes que le acompañaban. En un momento determinado el teniente coronel ordenó que se buscara a un cabo de su batallón, y así que estuvo presente, con el gorro descubierto y marcialmente cuadrado, el oficial hizo un elogio de su valor. Finalizó sus palabras dirigidas al cabo, nuestro paisano Jorge Aguilar, diciendo:

“Lástima que este cabo no pueda aspirar a otros empleos, porque no sabe leer ni escribir. El cabo Aguilar es de Colmenar de Oreja, y el municipio de su pueblo ha acordado ponerle su nombre a una calle”.

El último viaje a Colmenar de Oreja.

Al estallar la guerra, la Gran Guerra de 1914, la familia Checa se trasladó a Bagnères. En los inicios del conflicto, nadie esperaba una guerra que se extendería durante más de cuatro años. Los ingenuos soldados que iban al frente aún sonreían y los estados mayores tenían unos planes basados en la derrota rápida del enemigo.

En el mismo mes de la declaración de la guerra a Francia, el 3 de agosto, y de la invasión alemana al día siguiente, Ulpiano Checa ya estaba instalado en Bagnères. Ricardo Viñes y sus sobrinos Hernando y Elvira, fueron a visitarle. En su Memoria de Licenciatura, Isabel Blanco recoge la información que le fue facilitada por las nietas de Checa:

“Durante los largos días de su enfermedad recibió a diario la visita del pianista, que permaneció a su lado la temporada de verano, otoño y algunos meses del invierno, en que tuvo que abandonar Bagnères.”

Rodeado de su familia, Checa comenzó a languidecer y a expirar poco a poco... Sin apenas fuerza para sostener un lápiz y temblando ostensiblemente su pulso, la producción de Checa se detuvo.

En vista de que su salud no mejoraba, en octubre de 1915, la familia Checa partió a Dax, en Las Landas, buscando un clima más benigno para pasar el crudo invierno de los Pirineos. (155) Allí tomaron varias habitaciones en L’hotel des Termes, a orillas del Adour, (como el título de su cuadro). La noche del 4 de enero de 1916 perdió el conocimiento y entró en coma. Tras administrarle los Santos Sacramentos, a las 9 de la mañana del día siguiente, 5 de enero de 1916, Checa murió. El médico de Dax certificó su muerte:

“El cinco de enero de mil novecientos dieciséis, a las nueve horas de la mañana, Ulpiano Fernández Checa y Saiz, nacido en Colmenar de Oreja (España), el tres de abril de mil ochocientos sesenta, artista pintor, hijo de

Felipe Fernández Checa y de Eustaquia Saiz, unido a María Matilde Chayé, con domicilio en París, 5 Plaza del Panteón. Fallecido en Plaza Poyame.

Emitido el cinco de enero de mil novecientos dieciséis a las cinco horas de la tarde, bajo la declaración de Paul Lassere, Juez de Paz, de cuarenta y siete años, con domicilio en Dax, y de Frédéric Chayé, cura, de cuarenta y nueve años, con domicilio en Castel Sarrazin, que, lectura hecha, firman con nosotros Michel Geltibert, Consejero Delegado Municipal."

Al margen del certificado figura: "Caballero de la Legión de Honor".

La agencia de noticias *Havas* difundió la noticia en París el mismo día 5 de enero a las 20.30 horas:

"Despacho telegráfico. Francia. Dax. 5 de enero. Anunciamos el fallecimiento del pintor Ulpiano Checa. HorsConcours del Salón, Caballero de la Legión de Honor. Gran Premio de Roma, de la Escuela de Madrid. Inmediatamente después de su viaje a Italia, Checa se instaló en Francia, donde sus obras tuvieron rápidamente el más grande y legítimo éxito, sobre todo y particularmente, la *Carrera de Carros*, que popularizó su grabado."

La noticia fue reproducida y ampliada por numerosísimos periódicos y revistas de todo el mundo *La Victoire, Le Figaro, Paris-Midi, Echo de Paris, Le Siécle, La République, La France demain, Le Journal, Le Journal des Débats, Excelsior, La Liberté, La Croix, PetitJournal, République Francaise yL'Eclair The New York Herald y Le Gaulois*, de 6 de enero de 1916 dieron la siguiente noticia:

"Lamentamos comunicarles el fallecimiento de un artista de gran talento, cuyas obras, convertidas en populares, nadie desconocía, tales como *La Carrera de Carros en el hipódromo romano*. D. Ulpiano Checa había nacido en Colmenar de Oreja, en España, y había sido alumno de la Escuela de Bellas Artes de Madrid. Llegó a París hace 35 años, y se hizo conocer rápidamente por su arte clásico con una nota muy personal. Su pincel se hizo notar por el vigor de los empastes y por su colorido. Expuso además, en el último Salón de 1914 *Alto en la fuente* que tuvo un gran éxito. Fue en Dax donde el Sr. Checa se apagó, dejando una gran pena en todos aquellos que le conocieron. Su corazón estaba a la altura de su talento. Amaba a Francia como su patria. Su nombre y su obra no serán olvidados jamás."

Las crónicas más sentidas fueron, sin embargo, las de los periódicos de Bagnères. *Avenir*, de 9 de enero de 1916, por ejemplo, recordaba los años en que presentaba para sus vecinos las obras en su taller:

"Pero, por desgracia, de lo que nos enteramos con tristeza es que la paleta cargada de maravillosos colores, los pinceles deslumbrantes de luz, la mano que había ejecutado tan admirables cosas, se ha ido para siempre. El gran pintor Ulpiano Checa acaba de morir. Prematuramente para el arte. La alegría de las eternas luces reabrirá sus ojos a la Belleza que no termina jamás."

Y en sus ediciones de 9 y 16 de enero, *Avenir* ampliaba la noticia de su muerte:

"Nos enteramos de la muerte del maestro Ulpiano Checa, cuyo vínculo con la familia Chayé le había convertido un poco en nuestro compatriota. Se había retirado a Bagnères, donde vivía en la villa Mathilde desde el inicio de la guerra. Su salud declinaba. Había renunciado, en plena madurez, a su

magnífico talento, a producir nuevas obras maestras. Ha fallecido en Dax, donde se había retirado a pasar el invierno. Todo el mundo conoce la *Carrera de Carros Romanos*, popularizada por el grabado y que lanzó a la fama de golpe y a los cuatro vientos el nombre de Checa, hace un cuarto de siglo.

Sus obras han sido admitidas en los museos de Francia y España. El Museo de Madrid posee una de sus telas, *La Invasión de los Bárbaros*, que es uno de los cuadros más visitados que se conocen.

Ulpiano Checa, de naturaleza leal, viva y atrayente, contaba con numerosos amigos. Se le echará de menos en todas partes. Rogamos a la familia que considere nuestro más sincero pésame."

La prensa española también recogió la muerte del Checa. *El País* de 8 de enero de 1916 publicó el siguiente corto:

"Ha fallecido en Dax, donde residía desde hace tiempo, el notable pintor español Ulpiano Checa. Checa más conocido en el extranjero que en España, había conquistado un envidiable puesto entre los pintores de asuntos históricos, especialmente. Fue discípulo de Domínguez y Ferrant, y entre sus cuadros famosos puede citarse *La invasión de los bárbaros*, *Carreras de carros en el Hipódromo romano* y *Un abanico*. Tanto en las exposiciones nacionales como en las extranjeras, Ulpiano Checa había conseguido las más preciadas recompensas".

El Heraldo de Madrid de 9 de enero concluyó su crónica situando a Checa a la altura de Alma Tadema y de Rochegrosse:

"En todo el vigor de su madurez, con una vasta y merecida reputación en ambos continentes, cuando aún podía esperarse de sus cinceles y de sus paletas obras maestras de la forma y del color, Ulpiano Checa, artista ferviente, falleció ayer, según nos comunica nuestro corresponsal en París.

Dibujante consumado que conocía a fondo la anatomía del hombre y del caballo, realizaba portentos de audacia en sus composiciones, y ninguna época se prestaba mejor que la romana para construir en el circo o en el Monte Capitolino las largas procesiones de vigorosos atletas o de potros violentos en lucha. Por esas cualidades de dibujo fino y ardiente, por su colorido armonioso y lleno de luz, el nombre de Checa se coloca a la par de los grandes pintores de historia. Alma Tadema en Inglaterra, Rochegrosse en Francia y Checa en España, son tres nombres que el arte ha unido en un mismo camino.

Un artista español de gran nombradía que, joven aun, la muerte arrebató a una producción valiosa y al afecto de su familia y de innumerables amistades.

Checa residía hace años en el extranjero, disfrutando de respetable posición social, grandes consideraciones y amplio mercado. La bien cimentada fama del pintor arranca del triunfo obtenido en la Exposición Nacional de Madrid con su gran lienzo titulado *La invasión de los bárbaros*."

El Debate de 12 de enero, además de recordar sus inicios en el mundo del arte, contaba una anécdota ocurrida en la travesía de un viaje a Argentina:

“Para juzgar el mérito de sus obras, baste decir que un cuadro, pintado durante una navegación para favorecer con los productos de su rifa a las víctimas de un naufragio que se encontraban en uno de los puertos que tocó su buque, fue tan codiciado, que el favorecido por la suerte pudo venderlo en el mismo barco por la cantidad de 50.000 francos.”

Cuando *El Debate* de 12 de enero de 1916 tuvo conocimiento del fallecimiento del artista, escribió:

“Con todo, nunca olvidó su pueblo, su humilde origen ni su patria; hombre amante de la familia y de los amigos que en Colmenar había dejado, mantuvo para ellos los más grandes afectos de su corazón; de un corazón generoso, que supo a lo largo de su triunfal carrera, mantener el encanto de su sencillez.”

Su amigo, José Osuna Pineda, el autor de la letra del Himno de la Guardia Civil y Director de la Escuela de Policía Española, escribió en *El Diario de Córdoba*:

“Hace ya algunos días que la prensa lanzó a los cuatro vientos la infausta nueva de la muerte de este pintor ilustre, que sostenía muy alto el nombre de España en París, donde habitualmente residía agobiado por el trabajo. Salían de su pincel imponderables bellezas que le permitían luchar ventajosamente lejos de su país, sin influencias ni padrinzagos, con los mejores pintores del mundo.

Nuestro ilustre compatriota se ajustaba poco a la realidad y a la técnica de la pintura. Sus obras eran geniales y producían en el observador un efecto sorprendente. ¿Quién no ha contemplado con terror su famoso cuadro *La invasión de los bárbaros*, que ocupa lugar preferente en el Museo de Arte Moderno de Madrid? ¿Y *La zanja de Vaterloo*? ¿Y la *Carrera de cuadrigas en el hipódromo*?

El que haya visto una vez estas pruebas del genio de Checa no las olvidará nunca. Sus figuras dan una idea de bárbara energía, de suprema acción y de forzado movimiento que impresionan atrozmente”.

Tal y como había ordenado en su testamento, los restos de Ulpiano Checa fueron repatriados a Colmenar de Oreja. El viaje se hizo en tren, en plena Guerra Mundial, en el apogeo del invierno. Fue frío, de una profunda tristeza para sus hijos, que acompañaron el féretro, y no exento de incidentes, porque el tren descarriló en la meseta castellana. Cuando llegó a Colmenar de Oreja todo el pueblo lo estaba esperando en la pequeña estación que se había inaugurado solo unos años antes. Ricos y pobres, viejos y niños. Olía a leña quemada en las estufas, y ese día los jornaleros regresaron antes del campo, de las canteras y de los hornos para acompañar el sepelio. El maestro había subido con todos sus alumnos, que estaban formados en el extremo de la estación. Estaba también la banda de música, con el director Centenera al frente. Y tenían todos reclinada la cabeza, despojados de sus sombreros, gorros y boinas que mantenían entre las manos, y algunos lloraron cuando los hijos de Checa, Felipe, Carmen y Luis, descendieron del primer vagón. Su hermano Santiago esperaba en el andén. Cuando, por fin, los mozos mandados por el alcalde, Bienvenido Figueroa Velasco, bajaron el ataúd, sonó la Marcha Real. Rezaron las mujeres con el cura, don Vicente Sánchez Berecochea, y un impresionante cortejo, al son de sentidas marchas fúnebres, acompañó a la comitiva

hasta el Ayuntamiento, donde se instaló la capilla ardiente. Era el día 19 de enero de 1916.

El velatorio duró toda la noche y al día siguiente, 20 de enero, se hizo un entierro de primera clase, con acompañamiento de los sacerdotes hasta el cementerio de las Canteras, donde hoy descansan sus restos en el panteón de piedra caliza que lleva su nombre grabado, coronado por el busto de bronce que su amigo, el escultor ruso Leopold Bernstamm, le había regalado el día de su boda con Mathilde.

Así lo contó *El Debate* en su número de 21 de febrero de 1916:

“En el cementerio de esta población ha recibido hoy, a las dos de la tarde, cristiana sepultura el cadáver del infortunado artista Ulpiano Checa. Tanto al entierro como el recibimiento del cadáver, a la llegada del tren que lo conducía, asistió el clero parroquial con cruz alzada, y el pueblo en masa, presidiendo el duelo con los hijos del finado el señor Alcalde y todas las demás autoridades. En la numerosa y triste comitiva formaban los niños de las escuelas y todas las asociaciones religiosas con sus estandartes. La banda municipal, dirigida por el reputado maestro Centenera, interpretó durante la conducción del cadáver, sentidas marchas fúnebres. Ante el cadáver del ilustre artista, expuesto en el salón del Ayuntamiento antes de ser conducido a la última morada, desfiló todo el pueblo de Colmenar de Oreja, que bien puede decirse que está de luto, por la muerte del genial artista”.

Y *El Imparcial*, bajo el título “Los restos de un pintor ilustre” escribía lo siguiente:

“El acto de recibir los restos del ilustre colmenareño fue realmente una solemne manifestación de duelo, de la que participó todo el vecindario, que quiso honrar la memoria del gran artista español. Además del elemento oficial, fue recibido el cadáver por el clero, con cruz alzada, y la banda municipal, dirigida por el profesor Santiago Centenera. La comitiva se dirigió al Ayuntamiento, y en el salón de sesiones, convertido en capilla ardiente, quedó depositado el féretro, ante el cual desfiló todo el pueblo, rindiendo tributo al artista fallecido. El viernes, a las dos de la tarde, se efectuó la conducción del cadáver al cementerio de la localidad. Por la mañana se celebró solemne misa de cuerpo presente. El entierro fue un acto imponente, al que concurrió todo el pueblo de Colmenar. El duelo lo componían todas las autoridades y era presidido por los hijos del ilustre fallecido. Don Ulpiano Checa ha sido, en efecto, un gran artista, gloria de la pintura española.”

El funeral y las honras fúnebres le costaron 100 pesetas al Ayuntamiento de Colmenar de Oreja, que fueron aprobadas por el Pleno municipal en la sesión de 3 de abril de 1916, y que se pagaron a don Antonio Muñoz, así como otras 8 pesetas que se abonaron a Anselmo Mora por dos docenas de hachas para el funeral. El 13 de octubre de 1919 los restos de sus padres, Felipe y Eustaquia, fueron llevados a su panteón. Y en 1968, el 14 de noviembre, los restos de Mathilde Chayé, su esposa, que había fallecido en Bagnères de Bigorre el 21 de septiembre de 1945, también fueron trasladados hasta el mausoleo de Ulpiano Checa, acompañados por su hija Carmen y su nieta Jacqueline, pues su hijo Felipe había fallecido unos años antes y no llegó a conocer el Museo.

A Checa le gustaba alternar con todos sus paisanos. Pero en su agenda de direcciones, que rehízo en 1912, aparecen los colmenaretes con los que, además, mantenía asidua correspondencia. Así, encontramos al doctor Heraclio Viñas, que se

ganó el cariño de todos los vecinos por su valerosa y activa participación para atender a los enfermos en la epidemia de cólera de 1885. Tenía su casa en la vivienda que hoy posee don Zoilo Rodríguez, junto a la bodega de don Pedro García, y que fue destruida en un bombardeo durante la guerra civil. Aparece también en la agenda de Checa don Luis Vilamitjana y Piñuela, dueño, además de una buena hacienda, de la casa de los Siete Patios, que, las cosas del destino, acoge en la actualidad al Museo. Están también en la agenda, el cura, don Pedro Esteban Díaz; sor María de la Concepción, priora del Convento de las Monjas; don Sebastián Rodríguez, que era el boticario, don Julio Freire, el señor Torresano, etcétera

Y como escribía el periodista Óscar Núñez en el diario *ABC* de 31 de enero de 1958:

“La Historia del Museo Ulpiano Checa es la historia emocionante del afecto que un pueblo entero puede sentir por un artista. Niños colmenaretes, que muy probablemente ignorasen a los Reyes Católicos, pronunciaban ante mí el nombre de Ulpiano Checa con veneración. Y esto no se aprende en la escuela. Ni en la calle. La admiración que se siente por Ulpiano Checa se respira en el ambiente de los hogares, transmitiéndose de padres a hijos, de hijos a nietos. Porque los abuelos de los colmenaretes de hoy fueron los grandes amigos, los entrañables amigos de este admirable pintor, de ese gran hombre que, a la hora de la verdad, poseía el admirable don de saber ser uno de tantos y regocijarse con sus paisanos...”

El País, en su edición de 7 de febrero de 1905, publicó en su portada un amplio reportaje sobre una excursión en automóvil a Colmenar de Oreja, que el cronista, cuando llegó a la Plaza, comenzaba así:

“Maldito el lugar que no honra a sus hijos preclaros. Gente noble y gente agradecida la de Colmenar, sus primeras palabras fueron para recordarnos que allí nació Checa.”

Así es. Los colmenaretes somos gente agradecida, que sabemos honrar a quien tanto dio en vida a Colmenar de Oreja, y a quien tanto sigue ofreciendo cien años después. Ulpiano Checa y su legado, que en buena parte se custodia en su Museo, es de todos. Es el orgullo de Colmenar de Oreja, que defendemos, que valoramos y enseñamos a todos cuantos nos visitan.

Justo cien años después de su fallecimiento, la admiración y el cariño por Checa no solo no ha desaparecido, sino que se ha incrementado, como se ha incrementado también el conocimiento que tenemos de su vida y de su obra, fruto de todo lo cual es este magnífico Museo.